

Y diciendo eso abrió el hombre su cartera y mostró al colono un legajo de billetes de banco cuyo valor subiría á unos cien mil francos.

—¡Ah! dijo éste, ¡papell!—Papel, sí, pero con la firma de Garat, que es muy buena.—No importa, replicó Courtin, más me agrada el oro.—Bien, os pagaré en oro, dijo el otro metiéndose la cartera en el bolsillo y terciándose la manta al hombro.

Si los dos interlocutores no hubiesen estado tan embebecidos en su conversación, habrían visto que desde hacía dos ó tres minutos les estaba escuchando un aldeano que con el auxilio de una carreta se había encaramado á la pared, y miraba los billetes con un aire que significaba que en lugar de Courtin no estaría tan disgustado como él y se contentaría con la firma de Garat.

—Con que hasta pasado mañana en San Filiberto, repitió el de la manta.—Hasta pasado mañana.—¿A qué hora?—Al anochecer.—Fijemos las siete; el que llegue primero esperará al otro.—¿Y traeréis el dinero?—No, el oro.—¡Ah! sí.—¿Creéis que pasado mañana habremos logrado nuestro intento?—¡Toma! siempre es bueno creer, que nada cuesta.—Pasado mañana en San Filiberto, dijo el aldeano saltando de la pared á la calle. No faltará.

Y con sardónica sonrisa añadió:

—Ya que estoy marcado, debo ganar la marca.

XXXII

DONDE EL MARQUÉS DE SOUDAY TIENDE LA RED Y PESCA Á PICAUT

Habiendo Berta salido de la Logerie al propio tiempo que Michel, á las dos horas de camino estuvo al lado de su padre, á quien encontró extraordinariamente abatido y fastidiado

de la solitaria vida que llevaba en la madriguera que maese Jaime había dispuesto para su uso personal.

Lo mismo que Michel, si bien por un sentimiento puramente caballeresco, nunca se hubiera decidido el marqués de Souday á salir de la Vendée mientras Petit-Pierre corría en ella algún peligro; mas habiéndole Berta participado la marcha probable del jefe de su partido, el hidalgo vendeano se aventuró sin entusiasmo á seguir el consejo del general, de ir á vivir por tercera vez en el extranjero.

Salieron pues de la selva de Touvain, y maese Jaime, cuya mano estaba casi curada aunque con dos dedos menos, quiso acompañarles hasta la costa para favorecer el embarque.

Seguían los tres viajeros el camino de Machecul, y á eso de media noche halláronse en una altura que dominaba el valle de Souday.

Al ver las cuatro veletas de su castillejo, en las que rielaba la luna en medio de la verde alfombra que lo rodeaba, el marqués no pudo reprimir un suspiro.

Oyólo Berta, y acercándose preguntóle:

—¿Qué tenéis, padre? ¿en qué pensáis?—En muchas cosas, hija, respondió el marqués moviendo la cabeza.—No os entristezcáis, padre; todavía sois joven y robusto, y volveréis á ver vuestra casa.—Sí, dijo el marqués suspirando; pero...

Y anudósele la voz en la garganta.

—Pero ¿qué? preguntó Berta.—No veré más á mi pobre Juan Oullier.—¡Ay! exclamó la doncella.—¡Oh casa! ¡oh casa! dijo el marqués ¡pobre casa! ¡cuán vacía me parecerás!

Aunque los ojos del marqués expresasen aun más egoísmo que cariño á su servidor, si el pobre Oullier hubiese oído ese lamento de su amo, habríase conmovido hondamente.

—Por más que digan, prosiguió Berta, no puedo creer que nuestro infeliz amigo haya muerto; algunas veces le lloro, es verdad, pero pareceme que si realmente hubiese muerto le llorara más, y siempre me engaja las lágrimas una secreta esperanza que no acierto á explicarme.—Es raro, dijo maese Jaime; yo también pienso lo mismo que la señorita. Nó, Juan Oullier no ha muerto, y tengo más que presunciones, pues ví el cadáver que decían ser el suyo, y no lo conocí.—Pues ¿qué habrá sido de él? preguntó el marqués.—No lo sé, á fe mía, respondió Jaime; pero cada día espero tener noticias tuyas.

Exhaló el marqués otro suspiro. En este momento atravesaban un extremo de la selva, y tal vez pensaba en las hecatombes de caza que había hecho por sus frondosidades, las que ya no creía ver más; tal vez las pocas palabras que había pronunciado maese Jaime le habían animado con la esperanza de ver un día á su fiel servidor. Esta es la suposición más probable, pues el anciano encargó varias veces al jefe de los conejos que tomara informes precisos sobre la suerte de Juan Oullier y le participara su resultado.

Llegado á la orilla del mar, el marqués no adoptó enteramente el plan que Michel y su hija habían trazado para el embarque; temía que corriendo la goleta bordadas para esperarles delante de la bahía de Bourgneuf, según estaba convenido, llamara la atención de los escampavías que vigilaban la costa; y como no quería perjudicar á Petit-Pierre por un sentimiento personal, determinó ir con su hija al encuentro del buque que debía conducirles.

Maese Jaime tenía inteligencias en todo el litoral, y halló un pescador que por algunos *luses* consintió en llevarlos al *Joven Carlos*.

La barca estaba varada á la orilla, y dirigido el marqués por maese Jaime, entró en ella con Berta, burlando la vigilancia de los aduaneros de Pornic que andaban por la costa. Una hora después la marea puso la barca á flote, y el patrón y sus dos hijos se embarcaron para hacerse mar adentro.

Como todavía faltaba media hora para amanecer, el marqués no aguardó que la embarcación estuviese lejos para salir del medio puente, donde se hallaba peor que en la gaza-pera de maese Jaime.

Al verle el pescador le preguntó:

—¿Decís, señor, que el buque que esperáis ha de venir del río?—Sí.—¿A qué hora debe haber salido de Nantes?—De las tres á las cinco de la mañana respondió Berta.

El pescador consultó el viento y dijo:

—Con este viento le bastaban cuatro horas para llegar aquí.

Y calculando, continuó:

—El viento es del sureste, la pleamar ha sido á las tres, y debemos verle á eso de las ocho; entretanto, para que no se nos eche encima el guardacostas, bueno será tender de cuando en cuando las redes, que nos servirán de pretexto para correr bordadas delante del río.—Lo mejor será pescar

real y efectivamente, dijo el marqués. Toda mi vida he deseado dedicarme á este ejercicio, y ya que este año no puedo cazar en los bosques de Machecul, quiero aprovechar la ocasión que el cielo me depara.

Y á despecho de las observaciones de Berta, temerosa de que la alta estatura de su padre le diese á conocer de lejos, el marqués ayudó á los pescadores en su tarea. Tendieron la red, tuvieronla algún tiempo sumergida, y el marqués de Souday, que había halado vigorosamente para recogerla, experimentó una pueril alegría, al contemplar los congrios, rodaballos, platijas y rayas de la redada.

Olvidó en un punto sus pesares, sus recuerdos y esperanzas, Souday y el bosque de Machecul, los pantanos de San Filiberto y los grandes páramos, y con ellos los jabalíes, corzos, zorras, liebres, perdices y becadas, para sólo pensar en la población de piel lisa ó escamosa que á cada redada se ofrecía á sus ojos.

Berta estaba imaginativa, sentada á proa y absorta en sus pensamientos, contemplando la luminosa estela de la barquilla; y al clarear subió á un rollo de cables para interrogar el horizonte. Entre la niebla matinal, más densa á la boca del río, divisó los palos de algunos buques, ninguno de los cuales llevaba el gallardete azul en que debía conocerse al *Joven Carlos*; y habiéndolo observado al pescador, tranquilizóla éste jurando que si la embarcación había zarpado de Nantes por la noche, no podía haber llegado tan pronto al mar.

Por lo demás, el marqués no dejó prolongar la conversación de su hija con el digno pescador, pues cobraba tal afición al oficio de aquella buena gente, que entre redada y redada no dejaba más que el tiempo estrictamente necesario, y hasta aprovechaba los intervalos de una á otra para oír de boca del marinero los primeros elementos de la ciencia náutica.

En esto el pescador le advirtió que á continuar tendiendo la red tenían que desplegar las velas, y que de este modo se alejarían mucho de la costa y de su puesto de observación; pero el marqués, con aquella indiferencia que constituía el fondo de su carácter, no cedió á esta razón, y siguió llenando de pescados la cala de la barca.

Eran ya las diez de la mañana y el buque esperado no parecía. Berta estaba muy inquieta, y varias veces había

comunicado sus temores á su padre, quien á instancias suyas consintió en acercarse al río.

Entonces quiso el marqués que el marinero le mostrase el medio de ceñir el viento ú orientar las velas de modo que formaran con la quilla un ángulo tan pequeño como lo permitiera el aparejo, y estaban ambos en lo más embrollado de la demostración, cuando Berta exhaló un gran grito.

La doncella acababa de ver á pocas brazas de la barca un gran buque que navegaba á todo trapo, en el cual no había parado la atención porque no llevaba la señal convenida, y cuya aproximación la habían encubierto los focos.

—¡Cuidado! ¡cuidado! gritó, ¡viene un buque sobre nosotros!

Volvióse el pescador, y comprendiendo en un abrir y cerrar de ojos el peligro que les amagaba, arrancó brusca-mente el timón de manos del marqués, quien rodó por la cubierta, y, sin cuidarse de éste, maniobró á toda prisa para ponerse á barlovento del buque que venía y salir ileso de sus aguas. Sin embargo, por rápida que fuese la maniobra, el guía de la cangreja rozó con el costado del buque y enredóse un momento en el bauprés: la barca se inclinó, y si el pescador no la hubiese sacado luego de allí, no se habría levantado tan pronto, ó tal vez se hubiera ido á pique.

—¡Vaya al diablo el barcol exclamó el viejo pescador. Medrados estábamos si no me doy tanta prisa.

—¡Vira! ¡vira! gritó el marqués exasperado por su caída; alcánzale y que me emplumen si no subo á bordo para pedir al capitán satisfacción de su impertinencia.—¿Cómo queréis que con nuestros dos focos y nuestra pobre cangreja alcancemos á esta especie de gaviota? respondió el pescador.—Pues es preciso, exclamó Berta, porque es el *Joven Carlos*.

Y mostró á su padre una ancha faja blanca en la popa del buque, en la cual se leía en letras doradas *El Joven Carlos*.

—Tienes razón, Berta, dijo el marqués; virad, virad, amigo. Pero ¿por qué no lleva la señal convenida con el barón de la Logerie? ¿Por qué dirige la proa al oeste y no á la bahía de Bourgneuf, donde habíamos de esperarle?—Tal vez ha sucedido algún percance, dijo Berta demudada.—Con tal que no sea á Petit-Pierre, murmuró el marqués.

Admiró la doncella el estoicismo de su padre, y dijo también entre sí:

—Con tal que no sea á Michel.—No importa, añadió el marqués, sepamos á qué atenernos.

Entre tanto la barquilla había orzado, y ganando el barlovento había aumentado su celeridad. Esta rápida maniobra en una embarcación de tan poco porte no permitió que la goleta se alejara sensiblemente á pesar de la superioridad de su velamen.

El pescador llamó al buque, y el capitán pareció en el puente.

—¿Sois el *Joven Carlos* y venís de Nantes? preguntó el patrón de la barca.—¿Qué te importa? respondió el capitán de la goleta, que aun estaba de mal humor á pesar de haberse escapado, según creía, de las garras de la justicia.—Es que aquí tengo gente para vos.—¿Son comisionados también? ¡Voto á cribas! Si me los traes del calibre de los de esta noche, te echo á fondo antes de que subas á bordo, viejo górrulo.—Nó, que son pasajeros: ¿no aguardáis á unos pasajeros?—Sólo aguardo un buen viento para doblar el cabo de Finisterre.—Dejadme atracar, dijo el pescador á sugestión de Berta.

El capitán del *Joven Carlos* miró al mar, y no viendo entre la costa y su buque cosa alguna que legitimara sus celos, deseoso además de saber si los pasajeros de que le hablaban eran los mismos cuyo embarque había sido el objeto de su viaje, accedió á la petición del pescador, mandando amainar las velas mayores á fin de disminuir la rapidez de la marcha.

Pronto estuvo el *Joven Carlos* bastante cerca de la barca para poderla echar un calabrote con que atracarla á la goleta.

—Y bien, ¿qué hay? preguntó el capitán inclinándose hacia la barca.—Rogad al señor de la Logerie que venga á hablarnos, dijo Berta.—El señor de la Logerie no está á bordo, replicó el capitán.—Pues si él no está, preguntó Berta con voz turbada, ¿están á lo menos dos señoras?—En cuanto á señoras, respondió el capitán, sólo tengo un perillán aherrojado que jura y blasfema como un condenado en la bodega.—¡Cielos! exclamó Berta con zozobra, ¿sabéis si ha sucedido alguna desgracia á las personas que debíais embarcar?—A fe mía, hermosa señorita, dijo el capitán, si

podéis explicarme ese enredo me haréis un gran favor, pues lléveme el diablo si entiendo una jota. Anoche vinieron dos hombres de parte del señor de la Logerie, con dos encargos diferentes: el uno quería que zarpase inmediatamente, y el otro me decía que aguardara. Uno de aquellos sujetos era un honrado colono, un alcalde, según la banda tricolor que me enseñó; éste me decía que levara anclas y me largara cuanto antes; y el otro, el que no quería que me diese á la vela, era un ex-presidiario. Dí crédito á lo que me decía la persona más respetable, lo cual, después de todo, era lo que menos me comprometía; y zarpé.— ¡Gran Dios! dijo Berta, Courtin es quien vino; habrá sucedido algún contratiempo al señor de la Logerie.—¿Queréis ver á ese hombre? preguntó el capitán.—¿A cuál? preguntó el marqués.—Al que está encadenado; tal vez le conozcáis y lleguemos á descubrir la verdad, aunque ya sea muy tarde para que saquemos algún provecho.—Podemos sacarlo para partir, dijo el marqués, y para salvar de algún peligro á nuestros amigos. Venga ese hombre.

Dió el capitán una orden, y á poco trajeron á José Picaut, todavía aherrojado. A pesar de sus ligaduras, en divinando Picaut las costas de aquella Vendée natal que estaba amenazado de no volver á ver, sin calcular la distancia y la imposibilidad en que se hallaba de nadar, hizo un movimiento para escaparse de los que le conducían y arrojarle al agua.

Eso pasaba á estribor, de suerte que los pasajeros de la barquilla, arrimada á la popa, no podían verlo; mas al grito que dió Picaut y al ruido que se causó en el puente, comprendieron que se trababa alguna lucha en el *Joven Carlos*.

El pescador impelió la barca por el costado del buque, y vieron á José que bregaba entre cuatro hombres.

—Dejadme arrojar al agua, gritaba; prefiero morir en seguida á consumirme aquí.

Y en efecto, quizá iba á conseguir precipitarse al mar, cuando conoció al marqués de Souday y á Berta que presenciaban aquella escena con estupor.

—¡Oh! señor marqués, ¡señorita Berta! gritó José Picaut, vosotros me salvaréis, pues por haber cumplido las órdenes del señor de la Logerie, este bestia de capitán me ha tratado de tal suerte; y de todo tiene la culpa el infame

Courtin con sus embustes.—Sepamos qué hay de verdad en todo eso, dijo el capitán, pues si me desembarzáis de este bribón os confieso que me haréis un gran favor. No voy fletado para Cayena ni para Botany-Bay.—¡Ah! todo es verdad, caballero, dijo Berta; no sé qué motivo ha tenido el alcalde de la Logerie para haceros dar á la vela; pero aquí está seguramente el que os decía la verdad.—Pues desatadle ¡mal rayo! y vaya á que le ahorquen donde quiera. ¿Qué hacéis vosotros ahora? ¿Sois de los nuestros ó nó? ¿Os quedáis ú os vais? De buena gana os conduciría, pues me habían pagado anticipadamente, y en descargo de mi conciencia me holgara de conducir á alguien.—Capitán, dijo Berta, ¿no podríais volver al río y diferir para esta noche el embarque que debía tener lugar la anterior?—Nó, nó, respondió el capitán; ¡y la aduana! ¡y la sanidad! Nó; pero repito que si queréis pasar con mi buque á Inglaterra, estoy á vuestra disposición: nada os costará.

Miró el marqués á su hija, la cual hizo con la cabeza una señal negativa.

—Gracias, capitán, gracias, dijo el marqués, es imposible.—Pues despedámonos; mas antes permitid que os pida un favor.—Os lo haré con mucho gusto, capitán.—Encargáos de dar una buena paliza al pícaro que se ha burlado de mí esta noche.—Así se hará.—No digo que nó, si le quedan fuerzas para pagarme la cuenta que me debe.

Y oyóse al propio tiempo el ruido de un cuerpo pesado que caía al agua, y á poca distancia apareció en la superficie del mar la cabeza de José Picaut, quien se puso á nadar vigorosamente hacia la barca.

Temeroso de que alguna circunstancia imprevista le obligase á permanecer en el buque, así que el chuán se vió suelto se había lanzado al mar.

El patrón y el marqués le tendieron la mano, y con su auxilio José Picaut subió á la barca.

Entre tanto el capitán mandó largar el cabo que la detenía, y la goleta se alejó viento en popa.

Mientras el pescador dirigía su rumbo á la costa, Berta y su padre tuvieron consejo.

A pesar de las explicaciones de Picaut, no acertaban con el motivo de la conducta del alcalde de la Logerie, la cual les parecía muy sospechosa; y aunque Berta recordara á su padre la leal solicitud de Courtin por Michel y el cariño

que le había oído expresar por su amo, el marqués creyó que aquella torcida conducta encubría un proyecto peligroso, así para la seguridad del barón como para la de sus amigos.

Tocante á Picaut, declaró lisamente que sólo respiraba venganza, y que si el señor de Souday quería proporcionarle un vestido de marinero, así para disfrazarse como para sustituir su ropa desgarrada en la lucha que había sostenido, se pondría en camino para Nantes luego que saltara á tierra.

Presintiendo el marqués que la traición de Courtin podía haber tenido por víctima á Petit-Pierre, quería también trasladarse á la ciudad; mas no dudando Berta de que al ver Michel frustrada su evasión habría regresado inmediatamente á la Logerie con la idea de que ella iría á encontrarle allá, aplazó este proyecto para cuando se tuvieran más noticias de lo que había pasado.

El pescador dejó á sus pasajeros al abrigo de la punta de Pornic, y uno de sus hijos entregó la blusa y el sombrero de hule á Picaut, quien se dirigió á Nantes jurando que Courtin se la pagaría.

Mas antes de despedirse del marqués rogóle que enterrara de su aventura al jefe de los conejos, no dudando de que maese Jaime se asociaría fraternalmente á su venganza.

De esta suerte, gracias á su conocimiento del terreno, pudo llegar á Nantes á las nueve de la noche, y yendo naturalmente á ocupar su puesto en el mesón del *Alba*, al entrar, con las precauciones que exigía su posición, pudo asistir á la entrevista de Courtin y el hombre de Aigrefeuille, oír parte de lo que decían, y ver el dinero ó los billetes de banco á que Courtin prefería el oro.

Con respecto al marqués y su hija, por mucha que fuese la impaciencia de Berta, hasta la noche no pudieron ponerse en camino para la selva de Touvain, y nó sin profundo disgusto pensó el anciano hidalgo que no se repetiría la alegre mañana de aquel día, y que hasta Dios sabía cuándo iba á tener que encerrarse como un ratón en su agujero.

XXXIII

LO QUE PASABA EN DOS CASAS INHABITADAS.

No se había equivocado maese Jaime en sus presunciones: Juan Oullier no había muerto.

La bala que Courtin le envió á la ventura en el matutino, le dió en el pecho; y la viuda Picaut, cuyo carruaje oyeron el colono y su acólito, creyó al llegar que levantaba un cadáver.

Por un sentimiento de caridad muy natural en una campesina, no quiso que el cuerpo de un hombre por quien su marido manifestaba tan señalada simpatía, á pesar de sus contrarias opiniones políticas, fuese pasto de las aves de rapiña ó de los animales carniceros; y deseosa de que el infeliz vendeano descansara en tierra sagrada, púsole en el carro para llevárselo á su casa. Empero en vez de ocultarle debajo de la paja que á este efecto había traído, colocóle encima, y varios labriegos que encontró por el camino pudieron ver y tocar el cuerpo aun caliente y ensangrentado del viejo servidor del marqués de Souday.

Hé aquí cómo se exparcio por la comarca la noticia de la muerte de Juan Oullier; hé aquí cómo llegó á oídos del marqués de Souday y de sus hijas; hé aquí porqué á la mañana siguiente, queriendo Courtin cerciorarse por sí mismo de que ya no existía el hombre á quien más temía, creyó como todos que había muerto.

La viuda Picaut trasportó el cadáver de Oullier á la casa en que había vivido con su esposo, y de la cual se había trasladado á la posada de San Filiberto, donde residía sola su abuela.

Aquella casa estaba más cerca de Machecul, parroquia de Juan Oullier, y del erial de Bouaimé, donde le encontró,

que la posada donde había pensado ocultarle, á estar vivo.

En el momento en que el carro atravesaba la encrucijada que ya sabemos y de donde arrancaba el camino que conducía á la casa de los dos hermanos, el fúnebre cortejo topó con un hombre á caballo que seguía el camino de Machecul.

El señor Roger, médico de Legé, que tal era aquel hombre, interrogó á uno de los pilluelos que con la persistencia y curiosidad de sus años seguía el carruaje, y habiendo sabido que este conducía el cuerpo de Juan Oullier, lo acompañó hasta la morada de los Picaut.

La viuda puso á Oullier en el mismo lecho mortuario donde había colocado uno junto á otro á Pascual Picaut y al pobre conde de Bonneville, y mientras limpiaba el rostro del vendeano, cubierto de sangre y polvo, vió al médico.

—¡Ah, señor Roger! le dijo, el infeliz no necesita ya vuestros cuidados, y es lástima; hay tantos que valen menos que él y aun viven, que su prematura muerte causa doble sentimiento.

Rogó el médico á la viuda que le refiriera lo que sabía de esa muerte. La presencia de su cuñada y de los niños y mujeres que habían acompañado el carro impidió á la viuda contar que pocas horas antes había hablado con Juan Oullier, y que al volver con el carro había oído un tiro y pasos de hombres que huían, por lo cual presumía que Oullier había sido asesinado. Por el contrario, díjole sencillamente que al volver del erial había encontrado el cadáver en el camino.

—¡Pobre hombre! dijo el doctor. Bien mirado, vale más esta muerte, que á lo menos es la del soldado, que la suerte que le aguardaba si hubiese vivido: estaba gravemente comprometido, y á caer en manos del gobierno, sin duda hubiera ido á parar como los otros en los calabozos del monte Saint-Michel.

Diciendo eso, acercóse maquinalmente el médico á Juan Oullier, asíó su inerte brazo y aplicóle la mano al pecho.

El doctor se estremeció.

—¿Qué hay? preguntó la viuda.—Nada, respondió friamente el médico; este hombre ha muerto, y sólo reclama los últimos deberes.—¿Qué necesidad teníais, dijo con aspe-
reza la mujer de José, de traer acá este cadáver, que puede

acarrearnos una visita de los azules? Por la primera, juzgad de lo que sería la segunda.—¿Qué os importa, respondió la viuda, cuando ni vos ni vuestro marido habitáis la casa?—Precisamente por eso no la habitamos, dijo la esposa de José; habitándola temeríamos que viniessen los azules, y nos expusieramos á perder lo poco que nos queda.—Haríais bien en hacerle reconocer antes de enterrarle, interrumpió el médico, y si eso ha de causaros alguna molestia, yo me encargaré de su traslación á casa del marqués de Souday, cuyo médico soy.

En seguida, aprovechando el momento en que la viuda pasaba por delante de él, díjola el doctor en voz baja:

—Despedid á toda la gente.

Como era cerca de media noche, eso no fué difícil.

Cuando estuvieron solos, el médico la dijo:

—Juan Oullier no ha muerto.—¡Nó! exclamó ella.—Nó; y si he callado delante de todos, es porque conceptúo que ante todo urge asegurarse de que nadie vendrá á molestarnos en la asistencia que le prestéis.—¡Dios os oiga! respondió gozosa la buena mujer, y si puedo coadyuvar á su voluntad, creed que lo haré con muchísimo gusto, pues nunca olvidaré la amistad que mi difunto esposo le profesaba, y siempre me acordaré de que no quiso que yo fuese víctima de la bala de un asesino, aunque yo estaba haciendo mal á los suyos.

Y habiendo cerrado las ventanas y la puerta de su cabaña, la viuda encendió lumbre, calentó agua, y mientras el doctor sondeaba la herida para ver si estaba afectado algún órgano esencial, despidióse de algunas mujeres que venían demasiado tarde, fingiendo que regresaba á San Filiberto.

En seguida, al recodo del camino se internó en el bosque y volvió por el huerto.

La casa de José Picaut estaba cerrada.

Escuchó á la puerta y nada oyó.

Era evidente que la mujer y los hijos de su cuñado se habían retirado al lugar donde se ocultaban, mientras el marido y el padre continuaba guerreando como hemos visto.

La viuda entró en su casa por la puerta del patio.

El médico había vendado la herida de Oullier, y los síntomas de su existencia eran cada vez más manifiestos.

Ya no latía solamente el corazón, sino también el pulso, y poniendo la mano á su boca, ya se le sentía el aliento.

La viuda escuchó estos detalles con alegría.

—¿Creéis salvarle? preguntó.—Es un secreto de Dios, respondió el médico. Lo que puedo decir es que no ha sufrido lesión ningún órgano esencial; sin embargo ha perdido muchísima sangre, y no he podido extraer la bala.—Yo he oído decir que algunos hombres han vivido largos años con una bala en el cuerpo.—Es muy posible, respondió el médico; y ahora, ¿qué haréis con él?—Yo hacía ánimo de conducirlo á San Filiberto y ocultarle hasta su muerte ó su curación.—A estas horas es difícil. Se habrá salvado por lo que nosotros llamamos el coágulo, y todo sacudimiento pudiera serle fatal: además, en San Filiberto, en la posada de vuestra madre, en medio de tantas idas y venidas, os será imposible ocultar su presencia en vuestra habitación.—¡Dios mío! ¿creéis que le prenderían en este estado?—No le llevarían á la cárcel, eso nó; pero sí á un hospital, de donde saldría para ir á esperar en algún calabozo una sentencia capital, ó cuando menos infamante. Juan Oullier es un cabecilla peligroso por su popularidad, y contra estos el gobierno obrará con todo el rigor de la ley. ¿Por qué no confiáis el secreto á vuestra cuñada? ¿No son ella y Oullier de la misma opinión?—¿No la habéis oído?—Sí, y comprendo que desconfiéis de su compasión; y sin embargo, Dios sabe si debiera ser caritativa con el prójimo, sobre todo ella, pues si prendiesen á su marido podría irle todavía peor que á Juan Oullier.—Sí, ya lo sé, dijo la viuda con voz sombría: corren peligro de muerte.—Veamos, prosiguió el médico, ¿podéis ocultarle aquí?—Sí, por cierto; y aun estaría aquí mejor que en otra parte, pues todos creen la casa inhabitada; pero ¿quién le cuidará?—Juan Oullier no es una mujercilla delicada, respondió el médico, y dentro de dos ó tres días, cuando la fiebre haya calmado un poco, podrá quedarse solo durante el día. En cuanto á mí, prometo visitarle cada noche.—Bien, y yo pasaré á su lado todo el tiempo que pudiere sin dar sospechas.

Y ayudada del doctor, la viuda trasladó al herido al establo, contiguo al cuarto; cerró cuidadosamente la puerta, colocó el colchón sobre la paja, y habiendo citado al médico para la siguiente noche, como el herido sólo necesitaría agua fresca en los primeros momentos, echóse sobre un

montón de paja á su lado, aguardando á que Oullier manifestara volver en sí con algunas palabras, ó bien con algún suspiro.

Al otro día fué á San Filiberto, y cuando le preguntaron lo que había sido de Juan Oullier, respondió que había seguido el consejo de su cuñada volviendo el cadáver al erial por temor de que la molestaran.

En seguida regresó á su casa so pretexto de arreglarla, y al anochecer cerró la puerta con afectación y volvió á San Filiberto antes de haber anochecido del todo, á fin de que la viesen bien.

De noche fué á velar á Juan Oullier.

Así le cuidó tres días y tres noches, encerrada con él en aquel establo, temiendo hacer el menor ruido que descubriese su presencia; y aunque al cabo de aquellos tres días se hallase todavía Juan Oullier en el estado de entorpecimiento consiguiente á las grandes conmociones físicas y á las copiosas hemorragias que había tenido, el médico la exhortó á permanecer en San Filiberto durante el día y á no venir á cuidar al enfermo sino de noche.

Era la herida de tal gravedad, que Oullier estuvo quince días entre la vida y la muerte. Algunos fragmentos de ropa que con la bala se habían clavado en el cuerpo, encobaban la llaga, y cuando por fin la fuerza de la naturaleza los hubo rechazado, el doctor respondió de la vida del vendeano con gran alegría de la viuda.

La buena mujer le asistió con mayor solicitud á medida que le veía convalecer, y aunque el herido estaba tan débil que apenas podía articular algunas palabras, manifestando su mejoría con las muestras de agradecimiento que daba á la viuda, ni una sola noche dejó ésta de ir á velarle, tomando exquisitas precauciones para que no la descubrieran.

Entretanto, desde que el pecho de Juan Oullier quedó desembarazado de los cuerpos extraños que en él se habían introducido, comenzó una supuración regular, y el herido fué restableciéndose rápidamente; pero á medida que recobraba las fuerzas, sentía inquietud por las personas que amaba, y habiendo suplicado á la viuda que procurase averiguar la suerte del marqués de Souday, de Berta y Mary, y hasta de Michel, que por fin había triunfado de la antipatía que el vendeano le profesaba, captándose su aprecio, la

bondadosa enfermera pidió noticias á los viajeros realistas que se hospedaban en la posada de su madre, y pronto pudo asegurar á Juan Oullier que todos vivían y estaban libres, participándole que el marqués de Souday se hallaba en la selva de Touvain, Berta y Michel en casa de Courtin, y Mary, probablemente en Nantes.

Mas no bien hubo la viuda pronunciado el nombre del colono de la Logerie, cuando se demudó extraordinariamente la fisonomía del herido, quien se pasó la mano por la frente como para aclarar sus ideas, incorporándose por primera vez.

Su primer pensamiento había sido de amistad y cariño, y ahora le asaltaban ideas de odio y venganza, sobrexcitándole con tanta violencia como largo había sido su entorpecimiento.

Con gran terror oyó la Picaut que Oullier repetía la frase que en su calentura pronunciaba, y que ella había tomado por desvarío; oyóle acusar á Courtin de traidor, infame y asesino; oyóle hablar de fortísimas sumas que habrían sido el precio del crimen, y hablando de este modo se hallaba poseído de viva exaltación: con ojos encendidos y voz trémula suplicó Oullier á la viuda que fuese á buscar á Berta.

La pobre mujer creyó que la calentura recargaba, y entró en gran zozobra, porque el médico había dicho que no volvería hasta la noche siguiente. Sin embargo, prometió hacer cuanto el herido solicitaba.

Juan Oullier, algo calmado, durmióse poco á poco rendido por la violencia de las impresiones recién experimentadas.

Sentada la viuda en la paja junto al lecho del enfermo, y abrumada de fatiga, iba también á dormirse cuando de pronto creyó oír un ruido insólito en el patio.

Prestó atención y percibió las pisadas de un hombre y al mismo tiempo que una mano movía el pestillo de la puerta de la casa, oyó que una voz, la de su hermano, decía: Por aquí, por aquí.

Y los pasos se dirigieron á la habitación de José.

La viuda Picaut sabía que la casa de su cuñado estaba desocupada, y aquella visita nocturna picaba vivamente su curiosidad, dándola á sospechar que se trataba de maquinar alguno de los golpes de mano á que tan aficionado era el chuán.

Abrió poco á poco una de las ventanillas por donde las vacas, cuando las había en el establo, sacaban la cabeza para comer el pienso en el mismo piso del cuarto, y por aquella estrecha abertura pasó á la pieza principal de su casa; en seguida, subiendo callandito la escalera en que el conde de Bonneville recibió el balazo mortal, penetró en el granero, que como sabemos era común de las dos casas, y pegando el oído al suelo sobre el cuarto de su cuñado, púsose á escuchar.

Llegaba en medio de una conversación ya entablada.

—¿Y tú has visto la suma? decía una voz que, sin serle del todo desconocida, no pudo ella atinar de quién era.—Como os veo á vos, respondía José Picaut; era en billetes de banco, pero él ha pedido oro.—Mejor, pues los billetes no son muy de mi gusto, y aunque circulan muchos, tienen poca aceptación en nuestra comarca.—Os digo que tendrá oro.—¡Bueno! ¿Y dónde deben apersonarse?—En San Filiberto, mañana al anochecer; con que os sobra tiempo para avisar á vuestra gente.—¿Estás en tu juicio? ¡mi gente! ¿Cuántos has dicho que serían?—Dos: el malvado y su compañero.—Pues bien, dos contra dos es guerra, como decía Jorge Cadoudal, de gloriosa memoria.—Ved que sólo tenéis una mano, maese Jaime.—¿Qué le hace, cuando es buena? Yo me encargaré del más fuerte.—Alto, no lo consiento.—¿Por qué?—Yo quiero habérmelas con el alcalde.—Exigente eres.—¡Oh! el infame habrá de pagarme lo que me ha hecho sufrir.—Si tienen la suma que dices, no faltará con qué indemnizarte, aunque te hubiesen vendido como un negro. ¡Veinticinco mil francos! Tú no los vales, muchacho, créeme.—Puede ser; pero yo además quiero vengarme, y hace mucho tiempo que le tengo ojeriza á ese vil labriego; él ha sido la causa...—¿De qué?—Nada, nada: Dios me entiende.

José Picaut había respondido de un modo ininteligible para todos, menos para la viuda, quien se estremeció al suponer que el recuerdo ante el cual retrocedía el chuán se relacionaba con la muerte de su pobre marido.

—Corriente, dijo el interlocutor de José Picaut, con él te las habrás; pero antes de poner manos á la obra, júrame que has dicho la verdad, y que el dinero en cuestión es del gobierno, pues de otro modo no me convendría el negocio.—¡Por Cristo! ¿Acaso creéis que aquel sugeto sea bas-

tante rico para hacer semejantes regalillos á un gañán? y aun no es más que una cantidad á cuenta, lo he oído muy bien.—¿Y no has podido saber lo que le pagan tan caro?—Nó; pero lo sospecho.—Pues dí.—Páreceme, maese Jaime, que desembarazando la tierra de esos dos picaros, á un tiempo haremos dos buenos negocios: uno privado y otro político. Mañana os daré más pormenores.—¡Por vida de...! ¿Sabes que al oírte se me hace agua la boca? Retiro mi palabra: te entenderás con él si puedes.—¿Cómo que si puedes?—Sí: antes de que ajustes cuentas con él, quiero que ambos echemos un párrafo.—¿Acaso creéis que os revelará su secreto?—¡Oh! cuando sea mi prisionero, estoy seguro.—¡Es muy taimado!—¡Cómo! ¿no sabes que hay medios de hacer hablar á los que no quieren, por taimados que sean? dijo maese Jaime con siniestra sonrisa.—¡Ah! sí, el fuego á las plantas de los pies. ¡A fe que tenéis razón! Eso me vengará mejor.—Y de ese modo fácilmente sabremos porqué envía el gobierno esos cincuenta mil francos al alcalde, lo cual acaso valga más para nosotros que el oro.—Poco á poco, que el oro es muy precioso, sobre todo para los que vivimos en la Vendée y nos exponemos á dejar la cabeza en el Bouffay. Yo de mí sé decir que con mi parte de veinticinco mil francos iré á vivir adonde me acomode.—Como gustes. Pero sepamos: ¿dónde han de verse esos dos sugetos? Tengo empeño en que no se nos escapen.—En la posada de San Filiberto.—Pues mejor que mejor: ¿no es de tu cuñada el mesón? Entrará á la parte, y todo se quedará en casa.—¡Oh! nó, nó allí, replicó José: ella no es de los nuestros, y no nos hablamos desde...—¿Desde cuándo?—Desde la muerte de mi hermano, y si quieres saberlo...—¡Ah! ¿con que es cierto lo que me dijeron? ¿es cierto que si no le diste la puñalada, á lo menos ayudaste á...—¿Quién lo dice? exclamó José, ¿quién lo dice? Nombradle, maese Jaime, y lo haré trizas como este escabel.

Y la viuda oyó que al terminar su cuñado esas palabras estrellaba el taburete contra la piedra del hogar.

—Sosígate, hombre, dijo maese Jaime. ¿Qué me importa? ya sabes que nunca me entrometo en asuntos de familia. Volvamos á los nuestros: ¿qué decías?—Decía que no conviene dar el golpe en el mesón.—Lo daremos en el campo; pero falta saber dónde, pues de seguro llegarán por dos caminos diferentes.—Sí, mas se irán juntos. Para regresar

á su casa el alcalde seguirá el camino de Nantes hasta el Tiercet.—Pues bien, embosquémonos en el cañaveral que hay junto al camino de Nantes.—Corriente. ¿Dónde nos veremos? Yo me voy de aquí mañana á la madrugada.—Acude á la selva de Machecul, encrucijada de los Raibons, dijo el jefe de los conejos.

Prometió José no faltar, y la viuda le oyó ofrecer su casa á maese Jaime por aquella noche; pero el viejo chuán prefería á todas las casas del mundo las guaridas que tenía en las selvas del distrito, donde estaba más seguro, si no más cómodo.

Salió pues, y nada más se oyó en la casa de José.

La viuda bajó al establo, y viendo que Juan Oullier dormía profundamente, no quiso despertarle. La noche estaba muy avanzada, y como para ella era hora de volver á San Filiberto, después de preparar todos los objetos que el vendeano podía necesitar al siguiente día, salió según solía por la ventana del establo.

La viuda Picaut caminaba pensativa.

Convencida de que su cuñado era cómplice en la muerte de su hermano, profesábale un odio profundo y abrigaba un deseo de venganza que su viudez y aislamiento enardecían más y más.

Parecióla que al llamarla el cielo de un modo tan providencial á descubrir el secreto de una nueva fechoría de José, participaba de sus sentimientos; y creyó que se asociaría á sus designios, si al paso que saciaba el odio, impedía que se consumara el crimen y evitaba la ruina y la muerte de los que suponía inocentes: de suerte que renunciando á su primera idea de delatar á maese Jaime y á José, bien á la justicia, bien á los mismos que ellos querían asesinar y robar, resolvió mediar ella sola entre la Providencia y las víctimas de la proyectada maldad.